

Chapter 9

Soja Transgénica y la Crisis del Modelo Agroalimentario Argentino

Miguel Teubal

El hambre, la pobreza y el empobrecimiento generalizado que embarga a millones de personas constituyen algunas de las manifestaciones más agudas de la crisis Argentina actual. Que en el año 2001, en lo más profundo de la crisis, más de la mitad de la población – 20 millones de personas según cifras oficiales – se hallaban por debajo de la línea de pobreza, y un cuarto fuese indigente, es decir, no percibía ingresos suficientes como para cubrir sus necesidades alimenticias básicas, constituyó una situación inédita en la historia social y económica de nuestro país. Tal cuadro, por cierto contundente, se complementa con informes periodísticos presentados en los medios que muestran niños famélicos, no pudiendo ser atendidos por sus padres, o bien, no recibiendo la asistencia adecuada por parte de organismos oficiales.

Esta situación se torna escandalosa cuando consideramos que en el país existe un enorme potencial productivo en materia alimentaria, capaz de producir alimentos en cantidad y calidad suficiente como para alimentar varias veces la población nacional. Y que a lo largo de la década de los años 1990 la producción agropecuaria - cerealera y oleaginosa fundamentalmente– siguió aumentando vertiginosamente. Se estima que en el país se producen más de 70 millones de toneladas de cereales y oleaginosas por año, casi dos toneladas per cápita, y 90 millones de toneladas de productos agropecuarios de todo tipo. Sin embargo, estas cifras deben ser matizadas: casi la mitad del volumen de la producción de granos es soja, en su casi totalidad transgénica y de exportación.

Históricamente considerada uno de los “graneros del mundo”, la Argentina se encontraba entre los pocos países del tercer mundo que, en el nivel nacional, no tenía déficits alimentarios externos y que, además, era un importante exportador neto de cereales y de otros productos básicos a la economía mundial. ¿Cómo se explica entonces que cundan el hambre y la miseria, en un país como la Argentina? ¿Cómo se explica que habiendo aumentado en la década de los años 1990 tanto la producción agropecuaria como la oferta de alimentos a nivel global, simultánea y en forma significativa aumentara el hambre y la pobreza? ¿O en términos más dramáticos, que mueran de hambre 100 niños por día en el “granero del mundo”? ¿Qué papel tuvo en estos procesos el auge fenomenal de la producción de la soja transgénica?

Creemos que, como punto de partida, es útil abordar esta problemática en los términos del enfoque que nos presenta Amartya Sen para analizar las hambrunas habidas en muchas partes del mundo. Según este autor se producen penurias alimentarias extremas e incluso hambrunas cuando se derrumba el acceso a los *entitlements* alimentarios de la población, entendiendo por *entitlements*, las habilitaciones que les permiten a las personas acceder a determinados bienes, en este caso específico, a los alimentos necesarios para cubrir sus necesidades alimenticias básicas. Sen critica el enfoque que plantean la FAO y otros organismos internacionales en la medida en la que se esfuerza casi exclusivamente por impulsar el aumento de la producción agropecuaria. Según Sen no existe necesariamente hambre porque faltan alimentos – se trata de una situación palpable en nuestro país – sino porque vastos sectores sociales no pueden acceder a ellos. Una hambruna es una situación en la que muchas personas no tienen alimentos para comer. Esto es diferente que decir que no existen disponibilidades alimenticias suficientes en la comunidad (véase Sen 1981; Sen 1997 (1984): Cap. 18, 19, 20; Teubal y Rodríguez 2002: cap. 8).

En la Argentina cundió, en los términos de Sen, un derrumbe en las relaciones de *entitlements*, o sea, en la capacidad por parte de vastos sectores sociales de acceder a una alimentación digna. En este sentido el “caso argentino” puede ser considerado y estudiado como un caso clave de hambre con gran disponibilidad de recursos alimentarios. A diferencia de lo ocurrido en otras partes del mundo el derrumbe de la *seguridad alimentaria*, de la capacidad del país de proveer alimentos de buena calidad a toda su población, se produjo sin que estallaran hambrunas al estilo de las de Bangladesh o Etiopía en los años 1970 (véase Sen, 1981).

Sin embargo, el “acceso a la alimentación”, a los *entitlements* alimentarios en general, dependen, tal como lo señala Sen, de los “arreglos institucionales” establecidos en determinadas sociedades y épocas históricas. De allí que lo que primero viene a la mente cuando se analiza el caso argentino es la necesidad de considerar la situación alimentaria como inherente a la crisis actual, a los *ajustes estructurales* y al modelo agroalimentario implantados en el país durante la el período que va desde los años 1990 hasta el presente. En efecto, los procesos de privatización, de desregulación, particularmente del mercado laboral, y de apertura al exterior aplicados en nuestro país, con aún mayor severidad que en otros países, incidieron significativamente sobre los márgenes de pobreza, desocupación, y los salarios e ingresos reales de los sectores más necesitados de la población. No es de extrañar entonces que fuesen éstos factores que incidieran sobre la capacidad de acceso a la alimentación de gran parte de la población.

En éste trabajo nos proponemos mostrar cómo la problemática del “acceso a la alimentación” tiene, una relación estrecha, no sólo con el modelo neoliberal implantado en el país al amparo de los procesos de globalización, sino también con el *modelo agroalimentario o agroindustrial* que formó parte del mismo. Se trata de un modelo impulsado y dominado por grandes empresas transnacionales y las tecnologías controladas por ellas: los supermercados en la distribución final de alimentos, la gran industria alimentaria, el capital financiero concentrado y la industria semillera y de agroquímicos, entre otros sectores (véase Teubal y Rodríguez, 2002).

Nos proponemos focalizar el análisis sobre las reformas neoliberales de los años noventa (liberalizaciones, desregulaciones, etc.) que, combinadas con aspectos de la revolución biotecnológica, incidieron sobre las transformaciones operadas en el sistema agroalimentario que en su conjunto forma una parte importante de la economía global de nuestro país. Asimismo, nos proponemos mostrar cómo múltiples factores inherentes a estas transformaciones ejercieron una influencia significativa sobre la capacidad de acceso a la alimentación de la población.

Un aspecto sobresaliente del modelo agroalimentario o de *agricultura industrial* (Vallianatos 2001, 2003) implantado en el país, tuvo que ver con la difusión de los cultivos transgénicos en nuestro medio, en particular con la difusión masiva de la soja transgénica. En efecto, la Argentina se constituyó en el país del tercer mundo en el que mayor difusión tuvieron los cultivos transgénicos debido precisamente a la enorme expansión que tuvo la producción y las exportaciones de la soja transgénica. En este trabajo nos proponemos mostrar cómo estos procesos incidieron sobre la pérdida de la *soberanía alimentaria* en nuestro medio y algunas de sus consecuencias.

En la parte siguiente de este trabajo, presentamos algunos indicadores que destacan el auge que tuvo la producción agropecuaria global y la importancia creciente que fue adquiriendo la soja y, desde mediados de los años 1990, la soja transgénica. Seguidamente vinculamos estas tendencias con los ajustes estructurales aplicados tanto en el nivel global de la economía, como en lo que atañe al sistema agroalimentario. Asimismo, destacamos el impacto que ejerció esta transformación sobre tendencias que

apuntan a la pérdida de la autosuficiencia alimentaria, y a la desaparición de numerosos productores agropecuarios.

¿De “granero del mundo” a “republica sojera”?

Históricamente la Argentina en el siglo XX, junto a países como Australia, Canadá e, incluso, los EE.UU, fue un proveedor importante de carnes y cereales a la economía mundial. Asimismo, esas exportaciones - carne vacuna, trigo, maíz, girasol, etc. - eran alimentos básicos de consumo popular masivo en el orden económico interno. Se trataba de una producción fundamentalmente pampeana, mientras que en las regiones extra pampeanas se producían los tradicionales cultivos industriales orientados hacia el mercado interno: caña de azúcar (en las provincias de Tucumán y Salta del Noroeste Argentino, NOA), algodón, yerba mate (en el Chaco y Misiones respectivamente del Noreste Argentino, NEA), etc. También se producían manzanas y peras en el Valle del Río Negro en la Patagonia, y vino en la región de Cuyo (Mendoza y San Juan) productos que además comenzaban a exportarse. En este sentido, en la Argentina se producía la casi totalidad de los alimentos que consumía su población, salvo algunos productos tropicales, por ejemplo, el café, los palmitos, etcétera.

Ese potencial para producir alimentos que, en gran medida, se orientaba a satisfacer el abastecimiento de alimentos básicos de consumo masivo en el país, lo realizaban fundamentalmente productores medianos y pequeños, que constituían – en términos comparativos con otros países latinoamericanos – una parte importante del conjunto de los productores agropecuarios. Si bien en 1960 en la Argentina las denominadas “propiedades rurales multifamiliares medianas y grandes” (en lo esencial, el latifundio) controlaban más de la mitad de la superficie y producción agropecuaria (en Brasil, Chile, Ecuador y Guatemala controlaban una proporción aún mayor) las “propiedades rurales familiares”, o sea, los “productores medianos y pequeños”, ocupaban 45% de la superficie y producían 47% de la producción total, proporciones mayores a las que ocupaban y producían ese estrato de explotaciones en otros países de América Latina. Asimismo, el minifundio, es decir la economía campesina, ocupaba sólo el 3% de la tierra frente al 17% que ocupaba en el Ecuador, y el 14% en Guatemala (Feder 1975 (1971): cuadro 18, pag. 102). Todo ello indicaba la importancia relativa que tuvieron en Argentina los productores familiares y de tipo “farmer” y la poca importancia relativa del campesinado tradicional, salvo en regiones extra pampeanas tales como Tucumán, la región cañera azucarera por excelencia, Misiones, productora de la yerba mate, el Chaco, en donde se producía la mayor parte del algodón, etcétera.

Hacia los años 1970 se introducen nuevas variedades de cereales y oleaginosas en el campo pampeano, y se introduce la doble cosecha. En vez de alternar la producción agrícola con la ganadera comienzan a cultivarse dos cosechas agrícolas por año. Esto fue posible debido a la utilización de nuevas variedades de cultivos que permiten sembrar cultivos “de segunda” que comienzan a tener preeminencia al ser combinados con la producción triguera. Comienza el auge fenomenal de la producción sojera que, junto con la introducción del “germoplasma mexicano” en el trigo, permite el desarrollo del doble cultivo trigo-soja. Según de Obschatko y Piñeiro “rápidamente el doble cultivo trigo-soja se difunde en la región pampeana, muy especialmente en la región maicera “típica”, provocando una parcial sustitución del maíz y del sorgo, así como de actividades ganaderas, que participan con estos cultivos en sistemas de explotación mixta” (de Obschatko y Piñeiro: 1986: 11). Tal fue la base de sustentación

de la nueva *agriculturización* del campo argentino basada profusamente en la soja y el paquete tecnológico que habría de acompañarla, en gran medida, a costa de la ganadería y de otros cereales tradicionales.

Se trataba de la aplicación tardía en nuestro país de algunos rasgos de la “revolución verde”. A partir de entonces la Argentina emerge, en los términos acuñados por Harriet Friedmann (1993: 45) como un “nuevo país agropecuario” en una analogía con los denominados “nuevos países industrializados” del sudeste asiático (los NIC para usar sus siglas en inglés). Desde entonces la producción sojera no deja de aumentar año tras año (véase el cuadro 1). Si bien Friedmann se refiere fundamentalmente al Brasil su percepción en esta materia podía también ser aplicable a la Argentina. Ambos países, conjuntamente con los EE.UU. se transformaron en los principales exportadores de soja a la economía mundial.

Implantación y auge de la soja transgénica

Hacia mediados de la década de los años 1990, se da un nuevo salto tecnológico en el agro argentino. En 1996 comienza la implantación de la semilla transgénica de la soja RR que se combina con la *siembra directa* y la utilización del *glifosato*, el agroquímico exclusivo aplicable a aquella implantación utilizado en cantidades cada vez mayores. La nueva semilla transgénica fue elaborada por Monsanto (fue transferida a su licenciataria Asgrow que fue adquirida por Nidera) que también producía el glifosato requerido para eliminar las malezas que quedaban como consecuencia de la utilización del método de la siembra directa. En base a esta nueva biotecnología de los transgénicos, la Monsanto y sus licenciatarias en la Argentina, han podido inducir a los productores a incorporar un paquete tecnológico controlado por ellas al hacer que la soja incorpore genéticamente la resistencia a su propio agroquímico, el glifosato. De allí que la soja RR y el Round Up (el glifosato), constituyen una unidad presuntamente “eficiente” para el control de las malezas. Otro de los objetivos inherentes a la elaboración de la semilla de la soja RR por parte de la Monsanto, tuvo que ver con la estrategia que obligaba a los productores a comprar cada año la semilla elaborada por las transnacionales. En definitiva tanto con el glifosato, como con la soja RR, se presenta un horizonte de mayor dependencia de los productores con relación a insumos y semillas producidos por estas empresas transnacionales.

En este marco adquiere mayor preeminencia el complejo sojero. Algunas pocas grandes empresas semilleras transnacionales como Monsanto y Novartis son las empresas que no sólo proveen la semilla sino también el paquete tecnológico y los agroquímicos que la acompaña, los cuáles el productor se ve inducido a comprar indefectiblemente una vez que introduce el transgénico. De tal modo se produce la creciente dependencia del productor agropecuario, no sólo respecto de la agroindustria y la provisión de insumos agroquímicos, sino también – y mucho más que antes – de las empresas proveedoras de la semilla.¹

En Argentina dada la difusión que tuvieron estas tecnologías, el glifosato se transformó en el principal insumo fitosanitario, con ventas totales que pasaron de 1,3 millones de litros en 1991, 8,2 millones en 1995, a más de 30 millones en 1997. Su

¹ Los productores en un primer momento no pagaron los derechos de propiedad, reduciendo sus gastos ya que podían reproducir la semilla sin pagar las regalías por ser un cultivo monogámico. Sin embargo, en el año 2004 la empresa Monsanto ya impulsa la adopción de medidas para hacer efectivo el cobro de la regalías (Oferta Pública de Comercialización y Licenciamiento). Tanto con el glifosato, como con la soja RR, lo que se presenta es un horizonte de mayor dependencia de los productores con relación a la compra de insumos producidos por las empresas transnacionales.

facturación en el año 2000 ascendió a 263 millones dólares representando 42% del mercado agroquímico total (Teubal y Rodríguez; 2002). Según estimaciones en el año 2003 representaría un mercado de 350 millones de dólares (Dominguez, y Sabatino, 2003). La combinación trigo-soja y el maíz, para cuya producción también se introdujeron transgénicos (a comienzos de los años 2000 30% de la producción de maíz era maíz Bt) se transformaron en algunos de los ítems más “dinámicos” del agro argentino.

El boom sojero y la producción agropecuaria

En los cuadros 1, 2, 3 y 4 se refleja el auge que ha tenido la soja con relación a otros cereales y oleaginosos en nuestro país en el período 1980/81- 2002/03. Cabe destacar que a partir del año 1997 año en que comienza la producción de la soja transgénica, aumenta substancialmente la proporción de soja transgénica en la producción total de este rubro, alcanzando en 2004 casi al 100%. Asimismo, se trata de un rubro que se exporta en su casi totalidad.

La producción de soja tuvo un auge sostenido desde principios de los años 1970. Según datos de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación (SAGPyA) la campaña 1980/81 arrojó una cosecha de 3,7 millones de toneladas, durante la de 1990/91 fue de 10,8 millones, mientras que en la reciente de 2002/03 fue del orden de los 35 millones de toneladas casi la mitad de una producción total de 70 millones de toneladas de cereales y oleaginosas. El trigo también aumenta su producción en este período, alcanzando un techo de casi 16 millones de toneladas en 1996/97, cifra que es sólo levemente sobrepasado en 2000/01. El trigo candeal que en general es de mejor calidad, también alcanza su máximo en 1997/98. En cambio la producción del maíz cae sustancialmente de casi 13 millones de toneladas en 1980/81 a 7.7 millones en 1990/01 para luego subir alcanzando un máximo de mas de 19 millones de toneladas en 1997/98. En el período posterior – 1998/99-2002/03 – no fue replicada esa cosecha. La otra oleaginosa tradicional de nuestro país, el girasol – la Argentina es la principal productora mundial de este rubro– también aumenta sistemáticamente su producción desde el comienzo del período considerado alcanzando un máximo hacia fines de la década de los noventa. El arroz, ligado a la demanda brasileña replica las tendencias de otros cereales como el trigo y el maíz.

Se visualiza claramente el avance de la soja transgénica sobre los demás cultivos en términos de la producción. En 1997/98 cuando arranca la producción de la soja transgénica combinada con la siembra directa se produjeron 18.732.172 toneladas de este cultivo. En la actualidad, como señalamos más arriba, se producen casi 35 millones de toneladas de soja que es en su totalidad transgénica. En este mismo período se dejaron de producir 1.885.880 toneladas de girasol, 4.316.127 toneladas de maíz y 293.505 toneladas de arroz (véase el cuadro 1).

(Insertar el cuadro 1)

Estos datos reflejan una tendencia clara hacia el monocultivo de la soja transgénica. Son reforzados por otros que registran superficies sembradas con cereales y oleaginosas. Tal como se desprende del cuadro 2, la superficie sembrada con soja pasa de casi 2 millones de ha en 1980/81 a casi 5 millones en 1990/91. Hacia 1997/98 cuando comienza la implantación de la soja transgénica se utilizaban más de 7 millones de ha. Hacia 2002/2003 la superficie utilizada para la soja ya 100% transgénica superaba las 12,6 millones de ha. En términos generales la superficie sembrada con otros cereales tiende a reducirse. De los 3.751.630 ha que se utilizaban para el cultivo de maíz en 1997/78 se pasa a utilizar para este cultivo poco mas de 3 millones en 2002/03. Asimismo, el rubro “otros” reduce sustancialmente la superficie destinada a estos

cultivos con relación a 1980/01 y 1997/98. Otro tanto ocurre con el girasol y el arroz con relación a la campaña 1997/98 (véase el cuadro 2).

(Cuadro 2)

Estos datos reflejan claramente la tendencia hacia el “monocultivo” que se produce en el sector agropecuario argentino. Tal como se desprende del cuadro 3 la producción de soja pasa de representar poco más del 10,6% de la producción de cereales y oleaginosas en 1980/81 a casi la mitad de la producción total de estos rubros en 2002/03. En cambio el trigo, el maíz y el rubro “otros” reducen su participación en el mismo período de 29,2%, 18,8% y 35,5% a 23%, 11,3% y 10,4%, respectivamente. Si bien el girasol tuvo cierto auge hasta fines de los noventa, su participación en 2002/03 apenas supera la que tuvo en 1980/81 (véase el cuadro 3).

(Cuadro 3)

La tendencia al monocultivo también se manifiesta con relación a la superficie sembrada con los diferentes cereales y oleaginosas. La superficie destinada a la soja aumenta sistemáticamente su participación en la superficie total de cereales y oleaginosas a lo largo del período, del 9,1% en 1980/01 al 46% en el 2002/03. Todos los demás rubros – salvo el girasol y el arroz– reducen su participación en la superficie sembrada total en el mismo período, especialmente desde mediados de los años 1990 cuando se implantan los transgénicos en el país (cuadro 4).

(cuadro 4)

Cabe destacar que los rendimientos por superficie sembrada de la soja, presentan un cierto aumento hacia 1997/98, pero posteriormente no siguen aumentando, se mantienen estancados en los años posteriores. Asimismo, otros cultivos como el maíz y el trigo reducen sus aumentos de productividad a partir de entonces. O sea que no se manifiestan aumentos de productividad substanciales que signifiquen un impacto significativo en las condiciones de crecimiento económico a causa del “salto tecnológico” que se produce con la introducción de la soja transgénica. Esto relativiza las consideraciones generalmente planteadas respecto del impacto que pudieran haber tenido los transgénicos sobre el crecimiento del sector en su globalidad (véase el gráfico 1).

(Gráfico 1)

Los datos provisorios del Censo Nacional Agropecuario de 2002 reafirman la consolidación del modelo de agricultura que encarna la soja transgénica ya que confirma la creciente irrupción de este cultivo en el agro argentino en el período intercensal (1988-2002). Se confirma el crecimiento del área sembrada en el país con oleaginosas (soja y girasol): se pasó de 5.430.710 a 9.018.447 ha, es decir, un crecimiento del orden del 66%. Este crecimiento extraordinario, se puede atribuir casi totalmente a la soja, pues según datos de la SAGPyA la superficie sembrada con girasol en el año 2002 equivalía a la de la campaña 1986/1987.

El aumento de la superficie implantada con oleaginosas se manifestó en muchas regiones del país: fue de 60,4 por ciento en la región pampeana, 86,5 por ciento en el NEA, y 138 por ciento en el NOA. En estas últimas dos regiones, tal aumento de la superficie oleaginosa fue a costa de aquella destinada a los tradicionales cultivos industriales, ya que ésta se redujo en 30 y 17% en el NEA y NOA, respectivamente.

El último censo también registra una reducción de 3,4% en la superficie total incorporada a las explotaciones agropecuarias en el período 2002/1988 demostrando

que la expansión de la soja se produjo en detrimento de otras actividades agropecuarias: la batata y la caña en Tucumán, los tambos en Santa Fe y Córdoba, el algodón en el Chaco, y frutales en la región pampeana, etc. Cabe destacar, que también a nivel nacional descendió el hato ganadero, tanto de vacunos, como de ovinos y porcinos. En definitiva: el auge de la soja transgénica se dio a expensas de una serie de actividades agropecuarias tradicionales tales como la tampera, la ganadera, los cultivos industriales, la fruticultura, etc. También se dio a costa de la ampliación de la frontera agropecuaria avanzando sobre montes nativos y la “yunga” en especial en las provincias del Chaco, Santiago del Estero y Salta.

Si bien la producción sojera se ha expandido a lo largo y a lo ancho del país, Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires ocupan los primeros lugares en el nuevo mapa de la soja. En la provincia de Córdoba el avance de la producción sojera desde 1988 ha sido de un 62%, pero tal crecimiento además de estar acompañado por la pérdida de 17% de las cabezas de ganado, se ha realizado a expensas de la desaparición de otras actividades como son los tambos que cubrían esa provincia. En la provincia de Santa Fe el proceso es similar. Allí el avance de la soja ha sido de un 59%, también a costa de los establecimientos productores de leche. A nivel nacional el número de tambos de 1988 a 2003 pasó de 30.141 establecimientos, a la mitad, 15.000 establecimientos tamberos, o sea, una desaparición del orden del 50,2% (www.sagpya.mecon.gov.ar).

Datos referidos a la Provincia de Córdoba (Área de Economía, INTA, Marcos Juárez) señalan que: “de las seis millones de hectáreas actuales destinadas a la agricultura en los últimos 30 años se han ocupado más de tres millones y medio de hectáreas que años atrás estaban dedicadas a la producción de carne y leche...No sería tan preocupante este incremento si la nueva superficie hubiese sido trabajada adecuadamente, con rotación de cultivos, manejados con siembra directa, aportando los nutrientes necesarios mediante la incorporación de fertilizantes según la extracción, y realizando un adecuado manejo de plagas, malezas y enfermedades. Pero ésta expansión de la agricultura se dio mayormente, con la realización de monocultivo de soja, con un muy bajo aporte de fertilizantes, que condujo a la degradación físico-química de los suelos...El monocultivo de cualquier grano, es perjudicial para la sustentabilidad de un sistema productivo...En el caso particular de la soja, se agrava más aún debido al escaso aporte de rastrojos, que favorece a los procesos erosivos” (Ing. Agrs.: Salinas, Martellotto, Giubergia, Salas y Geólogo Lavera, 2003).

Estas tendencias globales se corroboran en función de una serie de trabajos referidos a determinadas provincias o regiones, y situaciones concretas de desplazamiento de cultivos o producción pecuaria por la soja. Alertan también sobre el significado del avance de la soja, en tanto exponente de un modelo de agricultura ocupado en abastecer mercados externos y generar divisas en base a la actividad de grandes empresas y productores en detrimento de la producción de alimentos básicos de consumo masivo. Un caso paradigmático lo constituye el retroceso del arroz. Este alimento destacado de la dieta familiar, ha perdido, desde la aparición de la soja RR, un 47% de su superficie cultivada. (véase el cuadro 2). No parece casual entonces que en Entre Ríos donde ese cultivo estaba más desarrollado la soja haya crecido en 101%. Donde había arroz, ahora hay soja transgénica.

El caso del algodón cobra carácter grave. “La cosecha de algodón será la peor de los últimos 80 años” (“Podría faltar algodón”, *Clarín*, 8/3/03). “Tras años de ser exportadores ahora somos importadores de fibra en una cantidad que se estima será del orden de las 35.000 toneladas este año, por un valor cercano a los 80 millones de dólares. (...) El área que antes se destinaba a la siembra del llamado ‘oro blanco’ no ha quedado. La ocupa, principalmente, la soja, cultivo estrella del país (...). Particularmente

los productores más grandes son los que han optado por ese cambio, evolución no tan perceptible en el caso de los pequeños productores y de los minifundistas, cuyos costos disminuyen a la hora de la cosecha por la participación de mano de obra familiar” (“La declinación algodonera”, *La Nación*, 1/3/03, citas de Domínguez y Sabatino, 2003).

Para ilustrar este caso, podemos ver según el censo como en las provincias algodoneras del país (Chaco y Formosa) el avance de la soja ha sido de un 120% y 361% respectivamente. “El avance de la soja desplazó al monocultivo de algodón en Chaco, donde quedaron en funcionamiento sólo 15 de las 64 desmotadoras habilitadas y más de mil cosechadoras del recurso textil están fuera de servicio por la falta de producción” (INFOSIC, *El avance de la soja en Chaco desplaza al algodón y genera desempleo*, 24/5/03). Mientras la industria textil hoy resurge, el algodón ya no se produce localmente, pues disminuyó la superficie cultivada un 40% en Chaco, y un 78% en Formosa. Como consecuencia, debe ser en gran medida importado.

En otras zonas, como Bandera en Santiago del Estero, la soja con una superficie agrícola de 200.000 hectáreas, logró posicionarse en el mapa nacional. Hoy Santiago del Estero es la cuarta provincia productora de soja (su superficie cultivada con oleaginosas en 1995/6 – antes de la adopción de la soya RR – alcanzaba 94.500 hectáreas). El nuevo censo nacional agropecuario (CNA) registra una implantación con oleaginosas, soja principalmente, de 315.000 hectáreas. En la provincia de Catamarca se están produciendo dos cosechas de soja por año. Se estima que esta modalidad podría extenderse a toda la región del NOA bajo riego (Blackwell y Stefanoni, 2003).

En definitiva: el proceso de *sojerización* no se limita a la región pampeana sino que se expande a todas las regiones agrícolas del país. Según Walter Pengue, experto en Mejoramiento Genético Vegetal de la UBA: “se están reemplazando otros cultivos y sistemas productivos, y si esto se pudiera cambiar al año siguiente no sería un problema, pero lo que está sucediendo es que se están levantando montes enteros, frutales, tambos, para la siembra de soja y se está eliminando la diversidad productiva”. Según Pengue “productos básicos de la dieta argentina, como arvejas, lentejas, porotos (frijoles) o maíz amarillo empiezan a ser escasos, porque estamos entrando en un planteo de ser monoprodutores y se está uniformando todo con la soja.” (citado por Blackwell y Stefanoni, op. cit). Tales tendencias que, tal como señalamos más arriba, afectan a la leche y a los frutales se refuerzan debido a la desaparición de muchos productores de frutas, por ejemplo, en el valle del Río Negro en la Patagonia.

La “revolución” de la soja transgénica avanza sobre cultivos que abastecían el mercado interno, que en algunos casos no siempre generaban divisas como lo hace la soja, pero que sí aseguraban una provisión variada, suficiente y accesible de alimentos para las poblaciones locales. En síntesis, se modificó la “geografía” agropecuaria del país, anteriormente vinculada mucho más a satisfacer las necesidades del mercado interno (mediante una oferta diversificada), desplazándose los cultivos tradicionales a favor del monocultivo de soja de exportación. Son numerosas las consecuencias sociales y económicas de estos procesos.

Ajustes estructurales y sistema agroalimentario: impactos sobre el agro

Estas tendencias pueden ser vinculadas con las políticas globales y sectoriales aplicadas en nuestro país, en particular, en la década de los años noventa. Es evidente que los ajustes estructurales aplicados a la economía en su conjunto incidieron sobre el sistema agroalimentario global y muy especialmente sobre el sector agropecuario que lo integra. Asimismo, un elemento esencial que influyó significativamente sobre el sector fue el Decreto de Desregulación de 1991, que eliminó de cuajo la serie de organismos que desde los años 1930 regulaban la actividad agropecuaria. De golpe el sector

agropecuaria argentina se transformó en uno de los más desregulados del mundo sujeto como ningún otro a los vaivenes de la economía mundial (véase Teubal y Rodríguez, 2002, cap. 7). Demás está decir que quizás se encuentre aquí una de las razones por la falta de políticas activas que regularan la producción de alimentos básicos en el país, y que fuesen la base de sustentación de los productores medianos y pequeños y campesinos.

Las privatizaciones, desregulaciones y la apertura casi indiscriminada al exterior aplicadas a la economía en su globalidad en aras de lograr “una mayor integración a la economía mundial” influyeron significativamente sobre las tendencias y la variabilidad de la actividad agropecuaria, los precios de su producción y de sus insumos, el acceso al crédito, la rentabilidad general de la actividad y las condiciones de vida de los grupos mayoritarios que integran el sector. Evidentemente, sobre el sector agropecuario también incidieron las transformaciones operadas en el ámbito extra agropecuario perteneciente al sistema agroalimentario, esto es, la serie de actividades que involucran el procesamiento industrial, la comercialización y distribución final de alimentos, orientados tanto al mercado interno como a las exportaciones²

Estos ajustes estructurales afectaron las transformaciones extra agropecuarias del sistema agroalimentario con incidencia sobre el sector agropecuario: se produjeron procesos de concentración y centralización de capital en la agroindustria y la distribución final de los alimentos (el denominado *supermercadismo*) y un conjunto muy limitado de empresas fue adjudicándose la exclusividad en la provisión de semillas a los productores agropecuarios. Estas tendencias se produjeron conjuntamente con un fuerte proceso de extranjerización que se dio en estos sectores particularmente hacia fines de la década de los noventa. Junto con los consiguientes procesos de integración vertical que fueron intensificándose fueron modificadas significativamente las articulaciones en el interior de los complejos que integran el sistema agroalimentario en su conjunto. Con la mayor integración vertical, creció la agricultura de contrato y otras formas de articulación “agro-industrial” adquiriendo mayor poder las grandes empresas extra-agrarias con relación a los medianos y pequeños productores agropecuarios que tendieron a perder significativamente su autonomía de decisión (Teubal y Rodríguez, 2002).

El proceso de liberalización, apertura y desregulación, les brindó a las grandes empresas el marco propicio para expandir su control sobre distintas áreas del sistema agroalimentario en su conjunto, obteniendo una posición dominante en lo referido al almacenaje, procesamiento, comercialización, y en la producción y provisión de semillas e insumos para la actividad agrícola. Este proceso facilitó la consolidación de oligopsonios u oligopolios en varios complejos agroindustriales (por ejemplo, en el complejo lácteo siete compañías entre las que se destacan SanCor y Mastellone controlan 80 por ciento del mercado; el 90 por ciento de la venta de aceite refinado de girasol es manejado por apenas seis empresas lideradas por Molinos Río de la Plata, Cargill y Aceitera General Deheza. En panificación, Fargo, Bimbo y La Veneciana

² . El sistema agroalimentario, por tanto, incluye al sector agropecuario, las industrias que le proveen insumos y semillas, y el procesamiento industrial y la distribución final de alimentos. Este espacio también abarca a los sistemas de soporte del mismo – los sistemas educativos y científico- técnico (incluyendo a la Universidad), los mecanismos de financiamiento y de control de los procesos de producción y de comercialización, etc. El concepto de complejo agroindustrial se remite a este mismo ciclo de etapas y características, pero referidas a un producto o conjunto de productos determinados. El complejo configura el subsistema de un sistema más amplio. Por consiguiente, el conjunto de los complejos agroalimentarios conforma la totalidad del sistema agroalimentario (véase Teubal, 1999, 1995; Teubal y Rodríguez, 2002).

acumulan el 85 por ciento de las ventas y, en galletitas, la francesa Danone (Bagley), la norteamericana Nabisco (Terrabusi, Mayco, Capri y Canale) y Arcor concentran el 80 por ciento del mercado (*Cash-suplemento económico de Pagina 12*, 6/6/2004). En otros casos, la concentración y centralización del capital facilitó la captura de negocios altamente rentables como es el caso de la cuota Hilton³) donde cinco empresas (Swift Armour, Quickfood, Friar, Gorina y Finexcor) dominan el 55% del mercado, y si tomamos a las diez primeras empresas del sector, la participación asciende al 77% del mercado de carnes de exportación. Al analizar el caso de las empresas multinacionales dedicadas a la exportación de cereales observamos que siete empresas (Cargill, Bunge, Nidera, Vincentín, Dreyfus, Pecom-Agra y AGD) concentran el 60% del volumen de granos exportados. En consonancia con lo anterior también se observa que creció la concentración en el mercado de insumos (dependencia de las semillas y del “paquete tecnológico” de Monsanto en la producción de soja y maíz); y a su vez creció la concentración de la comercialización con el auge del “supermercado” introduciendo nuevas dinámicas en los sistemas agroalimentarios, dado que la consolidación de los hiper y supermercados “como poderosos clientes de las industrias de la alimentación, cambió las reglas comerciales previas y los poderes relativos de negociación” (Gutman, 1999:36; Domínguez y Sabatino, 2003). En el sector oleaginoso, fundamentalmente sojero, también hubo una creciente concentración del capital. El complejo oleaginoso es el segundo más importante en el país después del cerealero, pero se ha transformado en el principal complejo exportador. Sin embargo, su sector de procesamiento industrial genera muy poco empleo, menos aún que el tabacalero. (Teubal y Rodríguez, 2002: 70/71). Un dato importante referido al complejo sojero tiene que ver con la concentración que se ha dado a nivel de las empresas exportadoras tanto de aceite como de harinas de soja. En efecto, las 5 y 8 primeras exportadoras en conjunto pasaron de exportar 50% y 67% del volumen de las exportaciones de harina de soja, respectivamente, en 1990 al 79 y 92% del volumen de esas exportaciones en el 2002. Otro tanto ocurrió con las exportaciones de aceite de soja: las 5 y 8 primeras exportadoras de este rubro exportaron 53 y 72% respectivamente de estas exportaciones en 1990 mientras que pasaron a exportar el 80 y 92% respectivamente en el 2002 (CIARA, 2003)

La creciente concentración y centralización del capital a nivel de la industria alimentaria y distribución final de alimentos, así como también en la provisión de semillas, incidió significativamente sobre sector agropecuario. Se manifiesta una creciente integración vertical al interior de los diversos complejos que conforman el sistema agroalimentario, y la mayor difusión de la “agricultura de contrato” en el sector. Como consecuencia, los productores agropecuarios – fundamentalmente los medianos y pequeños, así como también campesinos – tienden a perder su autonomía de gestión, su capacidad para negociar en términos más favorables precios, créditos y otras condiciones de oferta para su producción. No es de extrañar entonces que, conjuntamente con estas tendencias muchos tiendan a perder su capacidad para mantenerse como productor agropecuario, siendo expulsados del sector.

En definitiva: los cambios profundos que se han dado en los complejos agroindustriales, a partir de los procesos de desregulación de la última década, han cercenado la capacidad de decisión del productor agropecuario sobre su producción, los insumos utilizados e incluso las técnicas productivas desarrolladas. A ello se le suma una merma del poder de negociación del precio de venta que tiene frente a la industria o al acopiador, y en el caso de los transgénicos, frente a su proveedor de semilla. Todos

³ La cuota Hilton representa la posibilidad de colocar en el mercado europeo 28.000 toneladas de carne bovina, se trata de cortes de alta calidad cuyo valor aproximado es de 7 dólares el kilo.

estos factores se suman a la imprevisión que genera la gran variabilidad de los precios internacionales agrícolas, que afectan directamente al productor agropecuario a partir de la desregulación y apertura externa.

El aumento en la concentración del capital en cada complejo, junto con la eliminación de toda reglamentación que establezca un precio mínimo o sostén, a partir del Decreto de Desregulación de 1991, permitió al polo integrador de cada complejo agroindustrial incrementar su rentabilidad logrando reducir los precios agropecuarios, imponer condiciones de calidad, presentación, y de traslado del producto e incluso imponer la variedad del cultivo que usa el productor, los insumos, y demás. La situación se hizo más grave aún a partir de la introducción de los transgénicos (véase Teubal y Rodríguez, 2002: cap. 6 y 7).

Diferenciación social y otras manifestaciones de la crisis agraria: la desaparición medianos y pequeños productores

La problemática del sector agropecuario y el problema de la soja transgénica se ve patente con relación de quiénes son los beneficiarios y quienes fueron los que se perjudicaron a lo largo de estos años. La gran mayoría de los agentes que participan en el sector, o sea, más del 90% (pero no los que detentan la mayor parte de la tierra) son productores medianos y pequeños, campesinos, y trabajadores rurales. Un reflejo de la crisis por la que pasó el sector tuvo que ver con la desaparición de gran parte de estas explotaciones agropecuarias, la quiebra y desaparición de numerosas cooperativas, comercios e industrias vinculados con el sector, el deterioro de las condiciones de vida de la familia rural y el deterioro de las condiciones ambientales producidas en el marco del nuevo modelo. Tales deterioros se manifestaron muy especialmente en las economías regionales.

Algunos comentaristas mencionaron en términos periodísticos la “paradoja” del sector referido fundamentalmente a la zona pampeana: “cómo entender... que en la última década... (el sector) casi duplica su cosecha y exportación de granos con inversiones e incorporación de tecnología pero al mismo tiempo empobreció a pequeños y medianos productores con expulsión y concentración” (Seifert, 2000).

Tal es el panorama en el que se debate el sector agropecuario, en particular entre los medianos y pequeños productores sujetos más que en cualquier período anterior a los vaivenes de los precios de los mercados mundiales, con poca capacidad para acceder al crédito y con una serie de condicionamientos en su contra.

La expulsión masiva de productores agropecuarios del sector y en muchos casos su transformación en rentistas que no laboran su tierra, ha transformado al sector en una “agricultura sin agricultores”, constituyéndose otro aspecto emblemático del nuevo modelo agrario implantado en el país.

El último Censo Nacional Agropecuario (CNA) de 2002 registra 318 mil explotaciones agropecuarias ocupando una superficie de 171 millones de hectáreas. En comparación con los valores del censo anterior muestra una disminución del 24,5% en el número de explotaciones (en 1988 eran 378 mil las explotaciones agropecuarias registradas) y una disminución de 3,4% en la superficie incorporada a las explotaciones agropecuarias (en 1988 éstas ocupaban 177 millones de hectáreas). Aunque todavía no tenemos disponibles los resultados completos del Censo, en un comunicado de prensa del INDEC del año 2003 se señala que conjuntamente con la reducción de las explotaciones el tamaño promedio de las mismas aumentó 28% para alcanzar 538 hectáreas, lo cual refleja la desaparición fundamentalmente de las pequeñas explotaciones. Cabe destacar que el tamaño promedio de las explotaciones agropecuarias en la Argentina es mucho mayor que el que se registra en EE.UU.,

Europa u otras partes del mundo. En efecto, en Argentina el promedio de la explotación agropecuaria alcanzaba 470 ha en 1990, mientras que en ese año, en EE.UU., era de 182 ha y en Europa, de sólo 16,5 ha (véase Basuado y Teubal, 1998 en base a datos de la USDA).

Antes de que se efectuara el censo actual, existían diversas encuestas y estudios parciales que coincidían en señalar una reducción significativa de la cantidad de explotaciones agropecuarias en el país y fundamentalmente la desaparición de medianos y pequeños productores, tanto de la región pampeana como de las economías regionales, proceso que se manifiesta en forma paralela a los aumentos de producción globales y productividad habidos a lo largo de la década de los '90.

Una encuesta privada realizada en casi toda la región pampeana registró la reducción de la cantidad de explotaciones en 31% en el período 1992-1997 (encuesta de Mora y Araujo, 1997). Según Giberti, “tan acelerado ritmo de reducción del número de explotaciones no se observa ni remotamente, por ejemplo, en Estados Unidos o Europa” (Giberti, 2001: 128), reflejando el sesgo netamente anti mediana y pequeña explotación agropecuaria de las políticas gubernamentales. A comienzos de los noventa durante la presidencia de Menem un alto funcionario de la Secretaría de Agricultura y Ganadería había manifestado que debían desaparecer 200.000 pequeños y medianos productores, que por su naturaleza eran “ineficientes”.

El Censo Experimental de Pergamino, realizado por el INDEC en 1999, mostró que en esa región las explotaciones agropecuarias se redujeron 24,2% en el período 1988-1999. Esta reducción, por otra parte, es mayor si se consideran las explotaciones de hasta 5 ha, donde la reducción fue de 38%, o de las explotaciones de entre 5,1 y 10 ha, cuya reducción en ese partido fue de 44,1%. Cabe señalar, asimismo, que en el mismo proceso de reducción en la cantidad de explotaciones agropecuarias pequeñas, se produce un incremento de las grandes explotaciones que el Censo experimental muestra como aquellas de entre 500 y 1000 hectáreas que aumentario 18,3%, o las de entre 1000 y 2500 hectáreas que lo hicieron en 38,7%.

Tendencias semejantes, se manifestaron en una serie de sectores específicos. En Córdoba la cantidad de tambos pasó de 10.102 en 1988 a 7.926 en 1993, o sea una reducción del 21,5% significando la desaparición de alrededor 435 tambos por año. En la provincia de Santa Fe entre 1975 y 1992 también se redujeron la cantidad de tambos de 15.262 a 5.664. (Blousson,) Esta tendencia, que registra la eliminación de tambos ya en los primeros años de la década del 1990, se potencia hacia el final de la década cuando se introduce la soja transgénica. Por ejemplo, se registra que entre 1996 y el 2002 el número de tambos activos se redujo de 22.000 a 13.000, o sea, una reducción del 40 por ciento (Schaller, 2003). Ya en 2003 la industria láctea ha retrocedido 12,4 por ciento y comienza a manifestarse la necesidad de importar leche del exterior.

Un estudio sobre el sector cañero, permitió determinar la reducción en la cantidad de productores cañeros en la década de los años 1990. Referido a la provincia de Tucumán, el estudio señala que entre 1988 y 1996, la cantidad de cañeros se redujo 25%, significando aproximadamente el retiro de 2.500 productores. (Giarracca et al, 1997). El censo del 2002 registra 40% menos productores agropecuarios en la provincia de Tucumán que en el censo anterior de 1988.

En el Alto Valle de Río Negro el último censo agropecuario de 1988 registraba la presencia de 8000 productores. Un trabajo privado registró 6000 en 1993, mientras que un reciente trabajo del Consejo Federal de Inversiones contó 3629 productores (Scaletta, 2001).

Como contrapartida a la reducción de las medianas y pequeñas explotaciones agropecuarias, se consolidaron las grandes, tal como vimos en el caso de Pergamino.

Este fenómeno de persistencia de la gran propiedad agraria en años recientes distingue a la Argentina de la mayoría de los países de la OCDE. Comparado con Europa, con países como EE.UU., Australia o Canadá y, por ejemplo, con el sur de Brasil (con condiciones geográficas y climáticas semejantes), en la pampa Argentina las explotaciones agropecuarias tienen un tamaño promedio muy superior

Vinculada con la expansión de estas grandes explotaciones, aparece y se expande en la región pampeana una nueva forma de organización de la producción: el contratismo y los “pool” de siembra. Existen diversos indicadores del creciente predominio de las sociedades anónimas en detrimento de las explotaciones físicas, y del deterioro de la situación de la empresa familiar, tanto en la región pampeana como en el interior del país. También hubo un auge de las grandes explotaciones no propietarias de tierra, bajo la forma de fondos de inversión o grupos de siembra. (Los primeros constituyen una figura jurídica específica y alcanzan gran envergadura; los segundos, son agrupaciones más circunstanciales, regidos por convenios privados.) Son empresas que manejan grandes volúmenes de producción, avalados por contratos eventuales. Según Giberti en 1997 existían 79 empresas pampeanas de este tipo operando con 600.000 hectáreas de las cuales 200.000 correspondían a fondos de inversión. Son explotaciones que buscan una alta rentabilidad en el corto plazo, debido al aumento de la presión impositiva sobre la tierra que hizo que la mera tenencia de tierra dejara de constituir una forma de conservar riqueza a salvo de la inflación. (Giberti, 2001). También se acentuó la presencia de los “megaprodutores” (Soros o Benetton): la expansión de emprendimientos formados por grupos de inversores, operados por técnicos agrarios y administrados por consultoras privadas, que toman tierras de terceros en gran escala de producción (fondos de inversión o *pool* de siembra).

Si bien se produce la desaparición de estos productores medianos y pequeños como parte del proceso general de concentración, la irrupción de la soja transgénica involucra un sistema productivo que acelera significativamente este proceso. La adopción de nuevas tecnologías como la soja resistente al glifosato combinada con la técnica de siembra directa, hace posible de que no se requiera la realización de labores para erradicar las malezas que pudieran competir con el cultivo; éstas son eliminadas con la aplicación del glifosato. Como consecuencia, tenemos que la composición de un paquete tecnológico, además de aumentar la dependencia de insumos, reordena el trabajo de siembra. Esto significa que se hacen necesarias otras maquinarias, y se alteran los procedimientos anteriores de laboreo de la tierra. Resultado de esto es, un aumento de las ventas de sembradoras de siembra directa, y un “ahorro” de mano de obra en las tareas de siembra que en la soja transgénica va de un 28% a un 37% (Dominguez y Sabatino, 2003; Teubal y Rodríguez; 2002).

En las economías regionales los primeros años después de 1991 fueron también muy duros para los chacareros y campesinos los cuáles fueron seriamente afectadas por las nuevas condiciones. A los problemas estructurales de bajos precios y escasez de recursos, se sumaron la desaparición de todas las medidas reguladoras que ponían un marco normativo a la negociación con los grandes procesadores o acopiadores. En algunos casos, los productores intentaron la “salida hacia adelante” tomando créditos con la esperanza de poder adaptarse a las nuevas situaciones, en otros financiaron el negocio agrario con actividades paralelas (pluriactividad). Los pequeños chacareros pampeanos y los campesinos del norte salieron a buscar otras ocupaciones en un país donde la desocupación aumentaba día a día (sobre todo en el interior, por el impacto de la reconversión y privatización de grandes empresas ligadas al petróleo o a la elaboración de acero). Muchos productores agropecuarios o campesinos se orientaron a

“multiocuparse” como una de las varias estrategias familiares para conseguir ingresos o buscaron integrarse a los programas de ayuda del gobierno. No obstante, los conflictos en esas regiones comenzaron casi inmediatamente pero sin estar articulados a demandas en el nivel nacional. Recordemos que, en 1993, la mayoría de los que ocuparon la Plaza de Mayo en la protesta agraria de ese año provenían de esas regiones (Giarracca, Aparicio, Gras, 2001).

Simultáneamente subieron los costos de los servicios a causa de los procesos de privatización y el costo del capital aumentó a pesar de la convertibilidad y la consecuente estabilidad. Las condiciones de permanencia y reproducción de la pequeña y mediana explotación se fueron complicando paulatinamente.

Los chacareros de la región pampeana fueron los que más se endeudaron: como eran dueños de la tierra, podían ofrecer garantías hipotecarias y como contaban con escaso capital operativo recurrían al crédito bancario para financiar una “supuesta” reconversión productiva (incorporar tecnologías o tierras para aumentar la escala de producción). Mientras los precios internacionales de los cereales y oleaginosas fueron favorables y hasta 1995 muchos creyeron que podían lograr el “modelo de agricultura profesional” que los discursos oficiales y periodísticos proponían para la agricultura argentina.

Existía un acervo lingüístico generado por técnicos, políticos, periodistas y algunos académicos que anunciaba por aquel entonces una verdadera revolución tecnológica que llevaría al país a la producción intensiva, pero que necesitaba de una escala de extensión que dejaba afuera a la mitad de las unidades de explotación. Los supuestos beneficios de ese modelo residían en el aumento de las exportaciones y en la disminución del precio de los alimentos. No obstante, en las ramas de productos alimentarios más concentradas, mientras los precios agropecuarios se mantuvieron o bajaron, los precios de los alimentos subieron en términos relativos, o no bajaron en la medida de lo esperado, al aumentarse los márgenes entre precios mayoristas y minoristas (véase Teubal, 1998; Teubal y Rodríguez, 2002). Estas tendencias que afectan a todos los consumidores de alimentos por igual, también afectaron como consumidores a los productores agropecuarios y trabajadores rurales.

Con las caídas en los precios internacionales, los intereses de las deudas que habían sido contraídas las llevaron a convertirse en “impagables”, y el deterioro de la economía nacional, coadyuvaron para que estos sectores abandonaran la esperanza de las estrategias sociales o salidas “hacia adelante” y comenzaran a accionar en el nivel de la protesta social (véase Teubal y Rodríguez, 2001; Giarracca 2001). Tras la devaluación de comienzos del 2002, y el alza del precio de la soja a nivel internacional en los años siguientes, sobrevino un período de bonanza para los productores que todavía no habían desaparecido.

Elementos del *modelo agroalimentario* o de *agricultura industrial*: reflexiones finales.

El modelo *agroindustrial* o *agroalimentario* implantado en el país en décadas recientes tuvo sus raíces en el modelo norteamericano de desarrollo agrario y agroindustrial, y fue potenciado en escala mundial durante la denominada “revolución verde” en la última mitad del siglo XX (see Otero, Pechlaner y Poitras, Ch. 2, this volume). Se trata de un modelo basado en el control de grandes empresas agroindustriales transnacionales sobre sectores fundamentales del sistema agroalimentario o sea, sobre aspectos clave de la producción agropecuaria, el procesamiento industrial y la distribución final de productos de origen agropecuario. En

la actualidad está asociado a la revolución biotecnológica y la ingeniería genética teniendo que ver con la difusión masiva de la semilla transgénica. Se trata de un modelo fuertemente resistido a nivel planetario debido a los estragos que estaría causando en los niveles ambiental, social, económico e incluso a nivel de la salud humana. Los que se oponen a los OGM señalan las posibles consecuencias de su utilización sobre la biodiversidad, el medio ambiente, la salud y la alimentación.

“En el plano exclusivamente científico existen numerosas incertidumbres respecto a la seguridad de los transgénicos para la salud y el medio ambiente; entre otras, la utilización de genes de resistencia a antibióticos, posibles alergias alimentarias debidas a genes introducidos, la generación de sustancias tóxicas no previstas en las plantas transgénicas, la contaminación por polinización cruzada, el efecto nocivo de los cultivos Bt sobre el resto de los insectos, sobre la materia viva del suelo y la cadena trófica de los ecosistemas, entre otros” (Grupo de Reflexión Rural, 2001: 45-46). Existen también cuestionamientos respecto de los efectos nutricionales de la soja transgénica y sobre la pérdida de la biodiversidad en el medio rural (véase Chauvet y Massieu, 2001; y para el caso Argentino, Pengue, 2000).

Pero también está el conjunto de argumentos socioeconómicos que giran en torno a esta problemática, algunas de los cuáles presentamos en este trabajo. Cabe destacar el impacto que ejerce el nuevo modelo agrario sobre la pérdida de autonomía de los productores agropecuarios y la tendencia creciente de su desaparición como tal. Asimismo, cabe destacar la pérdida de la autosuficiencia alimentaria respecto de la producción de alimentos básicos de consumo popular masivo. Por todas estas razones no es de extrañar entonces que la crítica a este modelo y a las prácticas y políticas de las grandes empresas agroalimentarias transnacionales constituya uno de los ejes centrales del movimiento antiglobalizador mundial.

Quizás por la relativa abundancia de recursos existentes en nuestro país y la aceptación acrítica de las pautas de la modernización en nuestro medio científico-tecnológico, y también porque pudo asociarse a prácticas que reducían sustancialmente los costos de producción (la siembra directa) siendo impulsadas por las organizaciones corporativas del sector entre ellas la Federación Agraria Argentina, nuestros productores agropecuarios se pusieron a la vanguardia de los procesos de “modernización” agraria enmarcados en este modelo. En efecto, tal como señalamos en este trabajo, nuestro país se transformó en uno de los principales productores y exportadores mundiales de la soja transgénica. También es uno de los países en los que creció con más rapidez el supermercadismo y la concentración a nivel de la industria agroalimentaria, desplazando a infinidad de medianos y pequeños productores urbanos y rurales, y contribuyendo a la desaparición de innumerables puestos de trabajo.

Asimismo, en momentos en que crece a nivel mundial la oposición a las semillas y alimentos con componentes transgénicos, lo cual coarta la capacidad de exportación de nuestro país, por ejemplo a la Unión Europea, sería ilusorio insistir con impulsar una ampliación de políticas en pro de la semilla transgénica, y no visualizar como alternativas mucho más viables y más apropiadas a un modelo de país más racional, la producción orgánica, o la producción de tipo artesanal que podrían impulsar medianos y pequeños productores agropecuarios y campesinos.

Uno de los principales argumentos que propagandizan las grandes empresas en pro de la difusión de la semilla transgénica es que presuntamente sería una solución al problema del hambre tanto en nuestro país como en el mundo en general. Se trata del mismo argumento utilizado en el debate sobre los organismos genéticamente modificados (OMG) en general. Existen razones para creer que este argumento es tan

ilusorio como lo fue en su momento semejantes afirmaciones en torno a la *revolución verde*.

No cabe duda de que el sector agropecuario argentino ha tenido importantes transformaciones en las últimas décadas, y que la producción de granos, en particular de oleaginosas, ha ido en aumento. Los datos censales apuntan a señalar estas tendencias: la soja se ha difundido en forma impresionante, la transgénica, en particular, a partir de mediados de la década de los noventa. Casualmente se trata del mismo período en el que aumenta significativamente el hambre y la pobreza en nuestro país. ¿Existe una relación causal entre ambas tendencias? Los defensores de la soja transgénica, la siembra directa y la utilización del *glisofato*, se esfuerzan por negar dicha relación causal.

En este trabajo focalizamos el análisis sobre las transformaciones operadas en nuestro sistema agroalimentario en los últimos tiempos, y algunas de las consecuencias que tuvo la difusión masiva de la soja transgénica como parte de la implantación de un nuevo modelo agroalimentario. Se trata de un modelo que incide significativamente sobre la capacidad de decisión autónoma de múltiples sectores agrarios respecto de sus condiciones de producción y de vida en general y sobre la soberanía alimentaria del país en su conjunto. Todo ello involucra diversas reflexiones sobre la materia :

En gran medida como consecuencia de éstas transformaciones nos encontramos posiblemente en un punto de inflexión en el desarrollo agrario de nuestro país y del mundo en general. Desde que se inventó la agricultura hace 10.000 años el productor agropecuario se proveía a si mismo de la semilla que requería para el año siguiente, esencial para garantizar la reproducción de su finca agraria y su identidad como productor. Ahora, en la medida en que depende de unas pocas grandes empresas gigantes para la provisión de la semilla y del paquete tecnológico que la acompaña, va perdiendo esa capacidad y autonomía. Este proceso comenzó con las semillas híbridas, continúa en la actualidad con los transgénicos. Es el caso de la soja RR que los chacareros pampeanos (pequeños y medianos agricultores) adoptaron masivamente en los últimos años debido a que estuvieron asociados íntimamente a la siembra directa y la reducción de costos que ésta trajo aparejada.

Estas y otros factores inherentes a las transformaciones habidas en el sistema agroalimentario argentino en años recientes habrían, además, influido significativamente sobre la capacidad de acceso a la alimentación de vastos sectores sociales en nuestro país.

Por una parte, la reducción de la producción de los tradicionales alimentos básicos de consumo popular en nuestro medio que corroboran estudios parciales y censales, sectoriales o globales de diversa índole. La especialización en la soja transgénica crece y con ella la pérdida de la diversidad agropecuaria y alimentaria, tan importante para proveer una adecuada alimentación variada y nutritiva a la población en su conjunto. Esto se remite tanto a nivel global como a nivel de la finca agropecuaria: a nivel global se tiende a la especialización y el monocultivo; a nivel de la finca individual se pierde la diversidad tanto biológica como productiva, y desaparecen las posibilidades para el autoconsumo, que siempre fue importante a nivel de fincas individuales. Todos estos elementos estarían apuntando hacia una pérdida de la *soberanía alimentaria* en el país.

Luego está la desaparición de una multiplicidad de explotaciones agropecuarias lo cuál incidió sobre el aumento de la desocupación en sus diversas formas. Se trata de un problema que se complementa con la desocupación estructural generada por la concentración y reestructuración en la industria alimentaria, y en la distribución final de alimentos (supermercadismo), ambos factores inherentes a las transformaciones habidas a nivel del sistema agroalimentario en su conjunto. Todos estos factores inciden sobre la

desocupación estructural, sobre los salarios reales y, por ende, sobre el acceso a una alimentación digna para vastos sectores sociales. Se trata del “ajuste” que se aplicó a nivel del sistema agroalimentario y que incidió significativamente sobre la exclusión social que se manifiesta en nuestro medio en la actualidad. En esencia contribuyó a profundizar los efectos de los ajustes estructurales aplicados a nivel nacional.

Pero también, la evolución del modelo agroalimentario incidió sobre los precios y la calidad de los alimentos de consumo popular masivo. A lo largo de la década de los noventa aumentaron los precios de los alimentos más que el nivel general de precios. Esto se vio claramente en el año 2002 en lo más profundo de la crisis cuando el precio de la leche y otros alimentos básicos aumentaron más del doble que el nivel general de precios. No puede negarse de que sea éste un factor que incide sobre el acceso a la alimentación, la capacidad de la población de acceder a una alimentación digna. Algunos alimentos básicos, tales como la leche tienden a escasear. En efecto, los procesos de concentración, y la orientación exportadora basada en la soja transgénica, incidieron significativamente sobre los precios alimentarios internos (véase Teubal y Rodríguez, 2002).

Por último, un factor global a que condujo la sojerización de la economía agropecuaria argentina en éstas últimas décadas, tiene que ver con el hecho de que nuestro sector exportador no sólo sufrió lo que se ha dado en llamar un proceso de re-primarización según el cuál siguen teniendo una importancia desproporcionada los “commodities” de exportación, sino que entre el conjunto de éstos, la soja luce como el principal producto. Nuestro país es más monocultor o monoexportador que nunca, lo cual constituye un gran riesgo para la sustentabilidad no sólo del desarrollo sino también el crecimiento de la economía en su globalidad. Este aspecto incide sobre los recursos disponibles para hacer frente a demandas sociales una vez resuelto o bien establecido qué proporción del superávit fiscal se destinaría al pago de los servicios de la deuda externa.

Como conclusión: las tendencias que planteamos aquí seguramente incidan sobre los precios de los alimentos básicos y, por ende, sobre los ingresos y salarios reales de la población. Conjuntamente con la desocupación poseen una incidencia significativa sobre el acceso a la alimentación, el hambre y la pobreza. En definitiva el modelo agroalimentario implantado en el país pudo haber contribuido significativamente al hambre y la miseria que se manifiesta en nuestro medio.

Todos estos factores que señalamos en este trabajo contribuyen a alejarnos en forma creciente de una serie de tendencias que podrían conformar una mayor *soberanía alimentaria* en el país. En este sentido se puede plantear la idea de que las tendencias del modelo de agricultura industrial y agroalimentario implantado en el país nos alejan cada vez más de los criterios esenciales que involucrarían una determinada soberanía alimentaria. Asimismo, accionar en pro de una mayor *soberanía alimentaria* podría ser la vía para erradicar el hambre y la malnutrición y garantizar una seguridad alimentaria duradera y sustentable para el conjunto de la sociedad. Por *soberanía alimentaria* se entiende “el derecho de los pueblos a definir sus propias políticas y estrategias sustentables de producción, distribución y consumo de alimentos que garanticen el derecho a la alimentación para toda la población, con base en la pequeña y mediana producción, respetando sus propias culturas y la diversidad de los modos campesinos, pesqueros e indígenas de producción agropecuaria, de comercialización y de gestión de los espacios rurales, en los cuales la mujer desempeña un papel fundamental” (CMA:cad).

La convulsión social que ha caracterizado a nuestro país en estos últimos años ha llevado al impulso de las nuevas formas de organización social para la producción y la

distribución de alimentos. Las huertas populares, compras comunitarias y ferias francas apuntan en esa dirección. También han surgido una serie de proyectos productivos impulsados por organizaciones sociales populares, por ejemplo, panaderías pertenecientes a organizaciones piqueteras orientadas a las necesidades de sus integrantes. Asimismo, cunde el interés por organizar no sólo la provisión de alimentos a las escuelas y a los más necesitados, sino también la integración de la provisión de alimentos a los sectores populares con la producción de pequeños productores agropecuarios. Lo que hace falta es precisamente una reestructuración del sistema agroalimentario en su globalidad, una reorganización del agro, de la agroindustria y la distribución de alimentos, orientándolos hacia las necesidades de los sectores populares, de los más necesitados de la comunidad. Todo ello apuntaría hacia políticas orientadas hacia una mayor *soberanía alimentaria*, en los términos en que planteamos esta idea más arriba. Todo ello involucra una reorganización profunda del sistema agroalimentario actual lo cuál requeriría el debate sobre una serie de ejes que por ahora aparecen adormecidos: a) el problema de la tierra, del acceso a la tierra de los más necesitados, de medianos y pequeños productores, de campesinos, pero también de desocupados urbanos; se trata también de otorgarle un nuevo sentido a la tierra tal como lo plantean diversos autores y las comunidades campesinas e indígenas (Polanyi ;Teubal 2003); b) la búsqueda de nuevas formas de producción agropecuaria, industrial y de distribución de alimentos; c) el problema tecnológico: frente a la denominada “tecnología Monsanto”, qué otras tecnologías orientadas a las necesidades populares, en el marco de otros organismos de generación de tecnologías, por ejemplo, universidades, podrían ser impulsadas, etcétera.

Señalamos en este trabajo que nuestro país históricamente producía una diversidad de productos y era considerado uno de los graneros del mundo. Ahora, tras las transformaciones de estas décadas, y en particular, con la aparición de la soja transgénica, aparentemente nos estamos transformando rápidamente en una *republiqueta sojera*, con todas las connotaciones que tal denominación pudiera significar.

Bibliografía

- Basualdo, Eduardo y Teubal, Miguel, “Economías a escala y régimen de propiedad en la región pampeana argentina”, ponencia presentada en el *XXI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association (LASA)*, Chicago, 24-26 sept. 1998.
- Backwell, Benjamín y Stefanoni, Pablo (2003) “El negocio del hambre en la Argentina. ¿Soja solidaria o apartheid alimentario?”, *Le Monde Diplomatique-Edición Argentina*, Febrero.
- Blousson, R. (1997), “El desafío de la lechería”, SAGyP, Buenos Aires.
- Chauvet, Michelle y Massieu Trigo, Yolanda (2001) *Agricultura transgénica en México: los recursos genéticos y el principio precautorio*. Ponencia presentada en el XXIII Congreso Internacional de la Latin American Studies Association (LASA), Washington D.C., 6/8 septiembre 2001.
- .CMA:cad) (2002), Declaración Final de la 2ª Consulta Regional de Organizaciones No Gubernamentales y de la Sociedad Civil hacia la Cumbre Mundial de la Alimentación: 5 años después. La Habana.
- de Obschatko, Edith y Piñeiro, Martín (1986), *Agricultura pampeana: cambio tecnológico y sector privado*. Buenos Aires, CISEA.
- Domínguez, Diego y Sabatino, Pablo (2003) *Lo que la soja se llevó*. Ponencia presentada en la Terceras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales, PIEAA, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, 5-7 noviembre.

- Feder, Ernest (1975(1971)), *Violencia y despojo del campesino: el latifundismo en América Latina*. México, España, Argentina, Siglo XXI.
- Foro de la Tierra y la Alimentación (2002), *Argentina: de granero del mundo a "republicueta sojera"*, Octubre.
- Friedmann, Harriet (1993) "The Political Economy of Food: a Global Crisis", en *New Left Review*, N° 197. enero-febrero.
- Giarracca, Norma, Gras, Carla, Gutiérrez, Paula y Bidaseca. Karina (1997). *Conflicto y negociación en el contrato agroindustrial: la actividad cañera desregulada en Tucumán*. Informe de Investigación, GER, Buenos Aires, copia fotostática.
- Giarracca, Norma, Aparicio, Susana, y Gras, Carla (2001) "Multiocupación y pluriactividad en el agro argentino: el caso de los cañeros tucumanos", en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, N°162, Vol. 41, julio-setiembre.
- Giarracca, Norma (2001), "El movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha": protesta agraria y género durante el último lustro en Argentina.", en Giarracca, Norma (comp.) *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, Buenos Aires, CLACSO.
- Gutman, Graciela E. (1999), "Desregulación, apertura comercial y reestructuración industrial. La industria láctea en argentina en la década de los noventa" en Azpiazu, Daniel (comp.) *Las desregulación de los mercados*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Giberti, Horacio (2001), "Sector Agropecuario. Oscuro panorama. ¿Y el futuro?", *Realidad Económica*, N° 177, Buenos Aires, enero- febrero.
- GRR (Grupo de Reflexión Rural) (2001), *Transgénicos y fracaso del modelo agropecuario*, Buenos Aires, Ediciones el Tranvía.
- INDEC (2003) *Resultados Provisionales. Censo Nacional Agropecuario 2002*. Información de prensa, Buenos Aires, 25 de marzo.
- Pengüe, Walter (2000), *Cultivos Transgénicos. ¿Hacia dónde vamos?*, Buenos Aires, Lugar Editorial.
- Salinas, Aquiles; Martellotto, Eduardo; Giubergia, Juan Pablo; Salas, Pedro; y Lovera, Edgar (2003) *¿La intensificación de la Agricultura se está haciendo en forma sustentable?* Area de Economía, Estadística e Informática. INTA. Marcos Juárez, Córdoba, *Ámbito Financiero*, 19 de marzo.
- Scaletta, C. (2001), "Chacareros descontentos y final abierto en el Valle", *Página 12*, 26/5/01.
- Schaller, A. (2000) "Informe de coyuntura del sector lácteo", N° 7, editado por la SAGPyA, Buenos Aires, noviembre.
- (2004)
- Seifert, R. (2001), "La paradoja de la productividad", *La Nación*, 26/05/01.
- Sen, Amartya (1981) *Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation*, Oxford, Clarendon Press.
- Sen, Amartya (1997(1984)) *Resources, Values and Development*, Cambridge, Massachusetts y Londres, Inglaterra, Harvard University Press.
- Teubal, Miguel y otros (1995) *Globalización y expansión agroindustrial. ¿Superación de la pobreza en América Latina?* Buenos Aires, Editorial El Corregidor.
- Teubal, Miguel (1998) "Transformaciones en el sistema agroalimentario: el impacto sobre los precios relativos", en *Informe de Coyuntura*, Centro de Estudios Bonaerenses (La Plata) Año 8. N° 77, noviembre-diciembre.

- Teubal, Miguel (1999) “Complejos y sistemas agroalimentarios. Aspectos teórico-metodológicos”, en Giarracca, Norma (Coordinadora) *Estudios Rurales. Teorías, problemas y estrategias metodológicas*. Buenos Aires, La Colmena.
- Teubal, Miguel (2003) “Globalización y crisis del modelo agroalimentario”, *Encrucijadas- Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Año 3, N°21, febrero.
- Teubal, Miguel y Rodríguez, Javier (2002), *Agro y alimentos en la globalización. Una perspectiva crítica*, Buenos Aires, Ediciones La Colmena.
- Vallianatos, E.G. (2001) “All of Africa’s gods are weeping”, *Race & Class*, (Institute of Race Relations, Londres), Vol.43(1), julio-septiembre.
- Vallianatos, E.G. (2003) “American Cataclism”, *Race & Class* (Institute of Race Relations, Londres), Vol.44(3), enero-marzo.

Periódicos

Página 12

La Nación

Clarín

Cuadros y Gráfico

Cuadro 1

Argentina: Producción de los principales cereales y oleaginosas (en toneladas)

	Arroz	Maiz	Girasol	Trigo	Trigo Candeal	Soja	Otros+*	Totales*
1980/81	286.300	12.900.000	1.260.000	7.780.000	194.700	3.770.000	9.387.000	35.578.000
1990/91	347.600	7.684.800	4.033.400	10.992.400	44.200	10.862.000	4.274.700	38.239.100
1996/97	1.205.140	15.536.820	5.450.000	15.913.600	193.103	11.004.890	3.816.346	53.119.899
1997/98	1.011.135	19.360.656	5.599.880	14.800.230	286.590	18.732.172	6.066.606	65.857.269
1998/99	1.658.200	13.504.100	7.125.140	12.443.000	157.600	20.000.000	4.717.000	59.605.040
1999/00	903.410	16.780.650	6.069.655	15.302.560	176.100	20.135.800	5.005.991	64.374.166
2000/01	873.183	15.359.397	3.179.043	15.959.352	187.270	26.880.852	4.920.525	67.359.622
2001/02	709.295	14.712.079	3.843.579	15.291.660	136.160	30.000.000	4.549.860	69.242.633
2002/03	717.630	15.044.529	3.714.000	12.301.442	97.600	34.818.552	4.106.616	70.800.369

* Año 90/91 sin Colza y sin Cartamo; año 96/97 sin Colza

"OTROS" incluye SORGO, ALPISTE, AVENA, CEBADA CERVEZERA, LINO, MANI, CARTAMO, COLZA, CENTENO, CEBADA FORRAJERA, MIJO

FUENTE: Elaboración propia en base a datos de la SAGPyA

Cuadro 2

Argentina: Superficie sembrada de los principales cereales y oleaginosas (en hectáreas)

	Arroz	Maiz	Girasol	Trigo	Trigo Candeal	Soja	Otros+*	Totales*
1980/81	84.800	4.000.000	1.390.000	6.196.000	90.400	1.925.000	7.535.000	21.221.200
1990/91	98.000	2.160.100	2.372.350	6.178.400	19.800	4.966.600	4.263.100	20.058.350
1996/97	226.573	4.153.400	3.119.750	7.366.850	83.250	6.669.500	3.951.185	25.570.508
1997/98	247.500	3.751.630	3.511.400	5.918.665	81.615	7.176.250	4.087.530	24.774.590
1998/99	290.850	3.270.250	4.243.800	5.453.250	73.700	8.400.000	3.887.785	25.619.635
1999/00	200.700	3.651.900	3.587.000	6.300.000	69.800	8.790.500	3.544.305	26.144.205
2000/01	153.732	3.494.523	1.976.120	6.496.600	67.800	10.664.330	3.443.585	26.296.690
2001/02	126.435	3.061.661	2.050.365	7.108.900	47.650	11.639.240	3.068.687	27.102.938
2002/03	135.170	3.084.374	2.378.000	6.300.210	42.800	12.606.845	2.853.641	27.401.040

* Año 90/91 sin Colza y sin Cartamo; año 96/97 sin Colza

"OTROS" incluye SORGO, ALPISTE, AVENA, CEBADA CERVEZERA, LINO, MANI, CARTAMO, COLZA, CENTENO, CEBADA FORRAJERA, MIJO

FUENTE: Elaboración propia en base a datos de la SAGPyA

Cuadro 3
Argentina: Producción de los principales cereales y oleaginosas (en porcentajes)

	Arroz	Maiz	Girasol	Trigo	Trigo Candeal	Soja	Otros+*	Totales*
1980/81	0,8%	36,3%	3,5%	21,9%	0,5%	10,6%	26,4%	100,0%
1990/91	0,9%	20,1%	10,5%	28,7%	0,1%	28,4%	11,2%	100,0%
1996/97	2,3%	29,2%	10,3%	30,0%	0,4%	20,7%	7,2%	100,0%
1997/98	1,5%	29,4%	8,5%	22,5%	0,4%	28,4%	9,2%	100,0%
1998/99	2,8%	22,7%	12,0%	20,9%	0,3%	33,6%	7,9%	100,0%
1999/00	1,4%	26,1%	9,4%	23,8%	0,3%	31,3%	7,8%	100,0%
2000/01	1,3%	22,8%	4,7%	23,7%	0,3%	39,9%	7,3%	100,0%
2001/02	1,0%	21,2%	5,6%	22,1%	0,2%	43,3%	6,6%	100,0%
2002/03	1,0%	21,2%	5,2%	17,4%	0,1%	49,2%	5,8%	100,0%

* Año 90/91 sin Colza y sin Cartamo; año 96/97 sin Colza
"OTROS" incluye SORGO, ALPISTE, AVENA, CEBADA CERVEZERA, LINO, MANI, CARTAMO, COLZA, CENTENO, CEBADA FORRAJERA, MIJO

FUENTE: Elaboración en base al cuadro 1

Cuadro 4
Argentina: Superficie sembrada de los principales cereales y oleaginosas (en porcentajes)

	Arroz	Maiz	Girasol	Trigo	Trigo Candeal	Soja	Otros+*	Totales*
1980/81	0,4%	18,8%	6,6%	29,2%	0,4%	9,1%	35,5%	100,0%
1990/91	0,5%	10,8%	11,8%	30,8%	0,1%	24,8%	21,3%	100,0%
1996/97	0,9%	16,2%	12,2%	28,8%	0,3%	26,1%	15,5%	100,0%
1997/98	1,0%	15,1%	14,2%	23,9%	0,3%	29,0%	16,5%	100,0%
1998/99	1,1%	12,8%	16,6%	21,3%	0,3%	32,8%	15,2%	100,0%
1999/00	0,8%	14,0%	13,7%	24,1%	0,3%	33,6%	13,6%	100,0%
2000/01	0,6%	13,3%	7,5%	24,7%	0,3%	40,6%	13,1%	100,0%
2001/02	0,5%	11,3%	7,6%	26,2%	0,2%	42,9%	11,3%	100,0%
2002/03	0,5%	11,3%	8,7%	23,0%	0,2%	46,0%	10,4%	100,0%

* Año 90/91 sin Colza y sin Cartamo; año 96/97 sin Colza
"OTROS" incluye SORGO, ALPISTE, AVENA, CEBADA CERVEZERA, LINO, MANI, CARTAMO, COLZA, CENTENO, CEBADA FORRAJERA, MIJO

FUENTE: Elaboración en base al cuadro 2.

Gráfico 1



